

# LA MISERIA DE NUESTRA BELLA ÉPOCA

LESZEK KOLAKOWSKI

El primer automóvil con motor de combustión podía alcanzar una velocidad que apenas rebasaba la de un buen caballo. La locomotora a vapor era un poco más rápida. Hace poco leíamos que se trabaja en la construcción de un automóvil que cruzará la barrera del sonido. Desde el nacimiento de la especie humana hasta la mitad del siglo XIX, la velocidad del movimiento había permanecido estancada y sólo mejoró un poco hacia el fin del siglo. Vemos una aceleración similar en múltiples dominios de la civilización. Con inquietud antes que con agradable excitación, seguimos las curvas del crecimiento —algunas de ellas exponenciales— en los diferentes aspectos de la vida: la población humana sobre el planeta, la masa de los productos nocivos en el aire y los ríos, la criminalidad violenta o no violenta, la velocidad, la producción de libros, periódicos, películas, el número de canales de televisión, las metrópolis gigantes ingobernables, las universidades gigantes ingobernables, los aeropuertos enormes, y pensamos preocupados en el porvenir. Las extrapolaciones son ciertamente fáciles, pero poco útiles, porque podemos estar seguros de que esas curvas, en su mayoría, no pueden avanzar indefinidamente; pueden transformarse en curvas S o bien venirse abajo de manera catastrófica. Normalmente no sabemos qué solución es más probable; de todos modos, los pronósticos de los demógrafos y los químicos no son tranquilizadores.

Un ejemplo muy sencillo. Imaginemos que un día la población de China y de la India alcance el mismo nivel de vida que Europa del Este, y las mismas libertades civiles. Todos los ciudadanos de esos dos países —que actualmente suman cerca de dos mil millones— querrán visitar Inglaterra una vez en su vida, lo cual no es un deseo extravagante. Y ahora calculemos: ¿cuántos aeropuertos de la dimensión de Heathrow habrá que construir para que esto sea posible? Pero no, no se construirán esos aeropuertos: es irrealizable. Los sueños de los chinos y los hindúes nunca se harán realidad.

Bertrand Russell dijo que sus hijos habían nacido en el siglo XX, por lo que jamás sabrían lo que es la

felicidad. Nuestra primera reacción a una observación así es responder que la felicidad quizá sea una palabra precisa para describir la vida de las clases superiores en la Inglaterra victoriana, pero quién sabe si los sectores pobres de dicha sociedad recordarían esa época con la misma nostalgia. Esta respuesta sería natural, trivial incluso, pero si se la examina con más atención, no es del todo convincente. Ciertamente el dolor ni la felicidad son cuantificables —ya sea que imaginemos la felicidad como un estado positivo del espíritu o simplemente, siguiendo a Schopenhauer, como la pura ausencia de sufrimiento. Pero un rápido vistazo a este siglo en vías de desaparición no sugiere al sentido común que la masa global del sufrimiento haya disminuido en comparación con el precedente, ni siquiera si incluimos en nuestra ecuación imaginaria todo lo que las ciencias médicas han hecho para aliviar el dolor físico. Podemos decir casi sin titubeos que en ningún siglo se había masacrado a tanta gente, en números absolutos y relativos: por medio de las armas en las dos grandes guerras y los cientos de guerras locales, en los campos de exterminio o por hambre. Nuestro siglo no inventó el genocidio pero sí la palabra para nombrarlo, y con todo derecho, puesto que las técnicas para matar han hecho enormes progresos. Vale la pena notar que estas masacres a gran escala pueden llevarse a cabo de cualquier forma, y no necesitan de las cámaras de gas de la Alemania nazi ni de la hambruna artificial en la Ucrania soviética; los instrumentos pueden ser muy simples, los machetes, como hemos visto recientemente en África. El arte de torturar florece, y en una escala impresionante, como vemos en los informes procedentes de las prisiones y los campos de concentración chinos.

¿Por qué he comenzado mi reflexión con un comentario sobre los progresos en la velocidad de desplazamiento? Es plausible pensar que este progreso fuera uno de los factores decisivos tanto en los cambios en el estilo de vida de las sociedades modernas como en su mentalidad, y que ha contribuido en gran medida a esa pérdida de la comunidad que todo el mundo deplora hoy, pérdida a la cual se atribuyen,

no sin razón, las calamidades mayores de nuestra civilización, así como sus glorias, por otra parte. De todos modos es verdad que esas lamentaciones ya han durado más de doscientos años y que comenzaron en la época en que los habitantes de las regiones más avanzadas del mundo se desplazaban al mismo paso que sus antepasados neolíticos. La única contribución de los últimos decenios a esas quejas consiste en que se les ha dado un nuevo nombre —ese comunitarismo que no es más que esas mismas quejas, y el sufijo "ismo", que debe sugerir vagamente (y falsamente) que los usuarios de esa palabra saben lo que hay que hacer para regresar al tiempo y restaurar la belleza del pasado. Sí, las quejas son comprensibles y bien fundadas, pero la pérdida parece redhibitoria, irremediable. Conocemos la anti-ciencia ficción, cuyos autores sueñan con el retorno a la vida sencilla anterior a la electricidad (la secta Amish en Pensylvania, una rama radical de los menonitas holandeses, vive efectivamente sin electricidad, sin automóviles ni tractores, trabajando sus campos con utensilios manuales y no sobreviven mal, aunque es probable que su mentalidad también se haya detenido en el siglo XVII). Recordamos las deliciosas películas anti-progreso de Jacques Tati, y de ellas, una que relata las aventuras de un cartero a quien le han dicho que hay que imitar los logros de los norteamericanos, así que le da duro a los pedales de su bicicleta repitiendo enérgicamente: "¡rapidez, rapidez!"

Ahora bien: es la rapidez que acaba con el espacio mitológico, el espacio sagrado y estructurado; este espacio, no repetía sin cesar el maestro Mircea Eliade, había sido una condición bajo la cual el universo revelaba a la gente su sentido secreto. En el espacio mitológico la gente percibe las leyes, las normas fundamentales de la vida en cuanto leyes inscritas en la constitución misma del ser y no libremente establecidas por los hombres.

Esta creencia en el derecho natural también la hemos perdido (o destruido). Y la hemos perdido, en gran medida, mucho antes de que el progreso técnico nos diera esa velocidad vertiginosa de la que nos ufamamos. Fue la Ilustración la que destruyó esta creencia, y con ello nos quitó la base de nuestra seguridad moral, y no tardó en quitarnos también la de la seguridad cognitiva: las dos fueron saboteadas por el racionalismo escéptico.

Entonces ¿hay que condenar a la Ilustración? Hay muchos que lo hacen, sobre todo —pero no exclusivamente— desde la perspectiva cristiana (Eric Vogeline es tal vez el más conocido de ellos, el más radical y el más violento). Desde esta perspectiva, la Ilustración se define fundamentalmente por su hostilidad hacia la tradición cristiana. Es un proyecto idólatra y semiónico del autosaludo intramunda-

no del hombre; cualquier reconciliación de la Ilustración con el cristianismo es impensable. Fue la Ilustración la que, al elevar al hombre a la condición del creador potencialmente omnipotente, lo degradó efectivamente al nivel animal; la distinción entre el bien y el mal fue reemplazada por criterios utilitarios. Los vínculos fundamentales que habían sostenido la comunidad humana —la familia, la religión— fueron ridiculizados o rotos con violencia. En resumen, la Ilustración es la gran catástrofe cultural. La reducción de la existencia humana a su marco natural, donde las personas fueran perfectamente intercambiables como los ladrillos en una pared, se convirtió finalmente en la base de la esclavitud totalitaria en el siglo XX.

Aunque se ha difundido bastante la costumbre de buscar en la Ilustración el origen de todas las miserias y horrores de nuestro siglo, no es en absoluto universal, ni siquiera en la literatura cristiana. En ocasiones se subraya que aun cuando, en efecto, las ideas rectoras de la Ilustración hayan sido pronunciadas o preconizadas en un contexto no-cristiano, incluso anticristiano, su origen histórico fue cristiano —así la idea de los derechos del hombre y de la igualdad de los sexos, pero no la libertad religiosa, no la libertad de palabra. Puede imaginarse entre ambas una confrontación que no sería amistosa, desde luego, aunque sí libre de odio.

¿Se puede? Todavía no es seguro, ni contando con bastante buena voluntad. Si se reduce la definición de la Ilustración a su mínimo kantiano, en apariencia inocente —*sapere aude*—\*; vemos un núcleo intratable del conflicto permanente. Ese lema, una vez desarrollado en toda su plenitud, implica no sólo que la razón tiene el derecho de penetrar donde lo desee, sino que además tiene el monopolio de decidir sobre la legitimidad de todas las preguntas y todas las respuestas que puedan aparecer en nuestro pensamiento, y que los criterios de legitimidad se establecen a partir del corpus de las ciencias tal y como existen en un momento dado. Es verdad que esta doctrina científica (no científica) fue necesaria para la expansión de los conocimientos científicos, pero era evidente que se enfrentaba al cristianismo, a toda religión, pues toda religión extrae su fuerza y su legitimidad de la tradición heredada y de la revelación divina. No hay religión racional, y si hay una religión racionalista, es la Ilustración.

La autonombra secularización o, más exactamente, la difusión de la indiferencia con respecto a la fe no se explica, creo, por el choque entre el contenido de la ciencia y el de la fe. Es cierto, claro está, que tales fricciones —que hoy la Iglesia lamenta mu-

\* En el valor de usar tu propia razón

chísimo— se manifestaron dramáticamente en el pasado; pero, por lo que toca a la mayoría, no somos espíritus imbuidos del rigor científico en nuestra forma de pensar; somos supersticiosos, las creencias absurdas u horribles se expanden sin obstáculos en todo el mundo, inclusive entre las clases educadas. Por otro lado, leemos muchos libros producidos por los hombres de ciencia, los verdaderos físicos, que nos explican que la física y la cosmología modernas, lejos de refutar la creencia en Dios, proporcionan argumentos fuertes en su favor. Quizá se trata entonces de otra cosa, y más sencilla. Es la jerarquía de las necesidades y de las satisfacciones la que ha cambiado. Las ciencias nos entregan bienes visibles y mesurables; la fe, los beneficios espirituales, invisibles, la confianza en la vida, la certeza de estar bajo la tutela de la Providencia, pero no nos hace más ricos en los beneficios terrestres. Y aunque esta mutación mental no está, desde luego, libre de costos, estamos dispuestos a pagarlos.

Pero resulta que vemos a la Ilustración volverse contra sí misma. Retrospectivamente, podemos rastrear esta pulsión suicida hasta el siglo XVIII, hasta David Hume: las reglas del empirismo, tal y como las construyó, se convirtieron finalmente en el fundamento del nihilismo epistemológico que no ve ninguna razón para proteger o preservar el concepto mismo de verdad en la acepción recibida. Si sólo por razones prácticas se permite formular sobre el mundo juicios que se aventuren más allá de las percepciones singulares, la idea de la verdad, en efecto, no sirve para nada, los criterios utilitarios son perfectamente suficientes tanto en la ciencia como en la vida cotidiana. Pero la Ilustración, según su percepción de sí misma, era la búsqueda valerosa y rigurosa de la verdad —la verdad hasta el final, según el mismo David Hume—, verdad opuesta a las supersticiones religiosas, a los mitos cristianos, a la tradición o la historia como una fuente de la certeza. Hoy vemos que esa lucha por la verdad en la cultura laica ha llegado a un impasse cultural en donde, con las manos vacías, somos confrontados con la ausencia de la verdad, con su degradación, en las corrientes pragmatistas, con una vieja superstición. Pero esta misma filosofía que ha matado a la verdad, preconiza la tolerancia ilimitada ante todo tipo de “juegos lingüísticos” (es decir creencias, opiniones, sentimientos, doctrinas) que parecen útiles a la gente. El resultado se encuentra en la sentencia de Karl Kraus: *Alles ist wahr und auch das Gegenteil*, todo es verdad y también lo contrario.

¿Está muerta la verdad? No nos apresuremos a un veredicto así. Tantos componentes de nuestra civilización han estado no sólo condenados a muerte, sino efectivamente guillotinado, y luego los vemos bien vivos y rebosando salud. ¿Cuántas veces no se nos ha

anunciado, con trágico gesto, que la novela ha muerto? Ahora, no hay nada de eso; no sólo aparecen nuevas novelas después de la ejecución, sino que hay entre ellas obras muy buenas. ¿Desde cuándo hemos afirmado que la pintura figurativa había expirado de muerte violenta, apuñalada por la fotografía? Para nada, antes bien fue la fotografía la que desarrolló un nuevo dominio del arte. ¿Y la filosofía, la metafísica? Devastada, aniquilada un día tras otro, por razones muy variadas: por los empiristas del siglo XVIII, por Hegel, por Marx, por los positivistas de todos los colores, por Wittgenstein, y tantos otros que no menciono. Y luego la pobre jovencita masacrada se levanta, despreocupada, sin darse cuenta de que acaba de morir, y camina (no sabe hacia dónde, de acuerdo, ni nadie lo sabe, pero ése es otro problema).

Y eso no es todo. Nos han dicho, esta vez con el gesto sabio, erudito, científico (por supuesto) que el hombre ya no existe, que no hay más que estructuras. O bien que la palabra “yo” no se refiere a nada, no tiene objeto. El fin de la historia, del amor, de la ideología... cadáveres por doquier, necrópolis por doquier. Ni siquiera Dios, asesinado por Zarathustra hace más de un siglo —y además derribado mil veces antes y después de Nietzsche—, da la impresión de un cadáver enterrado desde hace mucho tiempo; al contrario, en ocasiones se vale de los mismos seres humanos para exterminar a sus enemigos.

A veces nos explican: decir que la novela está muerta o que la pintura figurativa está muerta no quiere decir forzosamente que nadie volverá a publicar novelas y que nadie volverá a pintar cuadros, sino que ya no habrá un Flaubert, un Tolstói, un Proust, como tampoco habrá ya un Velázquez ni un Rembrandt. Y bien, que Flaubert, Proust y Rembrandt ya no están vivos, en eso estamos de acuerdo. Pero que no hay y ya nunca más habrá obras de arte comparables en la fuerza de la imaginación es algo que no está probado ni es comprobable. No se puede imitar a Flaubert o a Rembrandt, pues por definición no resultarían más que cosas mediocres dado que todo gran artista es único; pero la imaginación artística está en obra, aun si los grandes talentos se encuentran con más dificultades para abrirse camino en la infinidad de mediocridades.

En pocas palabras, nuestra vida cultural es intensa, vigorosa, interesante. ¿De dónde, pues, viene nuestra ansiedad, nuestra tristeza, nuestro desconcierto, nuestro malestar? Las iglesias nos dicen: es porque han olvidado a Dios. Pero no es en absoluto claro dónde están las causas, dónde están los efectos. “Han olvidado a Dios porque les molesta. Es incómodo. Les impone deberes que les parecen pesados aun cuando no sean nada pesados.” “Pero no —podemos responder—, Dios no es incómodo, al contrario. Nos

da la paz espiritual, la certeza, el sentimiento de vivir en un universo dotado de sentido, cuyo destino es el bien, aun cuando esto sea muy difícil de ver en la experiencia. Y en cuanto a los deberes, claro está, todos somos pecadores, igual que nuestros antepasados, pero ellos se las arreglaron bastante bien, y lograron un acuerdo con el cielo, y nosotros podríamos hacer lo mismo: creer en Dios, pero no hasta el punto de creer que todas sus exigencias nos comprometen seriamente."

Por lo demás, el olvido de Dios está mucho menos avanzado de lo que a menudo se nos dice. Los sociólogos han criticado en innumerables ocasiones la idea de un movimiento victorioso e ineluctable de autonombrada secularización e indican que, fuera de Europa Occidental, este proceso no es observable a gran escala, que en todas partes hay contracorrientes, a veces —pero no siempre— hostiles a la modernidad, y que usualmente son las formas tradicionales de la religiosidad las que vencen, no las que se esfuerzan en hacer concesiones importantes a la Ilustración.

Pero nuestra ansiedad espiritual, nuestros temores son bien reales. Tal vez nosotros mismos no sabemos qué tememos. Incluso si hacemos a un lado todas las calamidades, de sobra conocidas, de la ciudad contemporánea —el envenenamiento de la tierra, la criminalidad, el ruido, la pérdida de la autoridad de las elites políticas y de los partidos, la corrupción en los gobiernos, las drogas— nada parece establecido en nuestra vida mental, todo está a prueba; la religión, aun si creemos, ya no es confiable, la ciencia se ha vuelto incomprensible para la enorme mayoría y opuesta a la intuición tan arraigada en nosotros; en la historia todo parece cuestionable y sujeto a revisión. La velocidad vertiginosa en todas las formas de la vida nos proporciona, sin embargo, vías de fuga. Podemos preguntar: ¿quién tiene necesidad de 70 canales de televisión? La respuesta espontánea de que nadie los necesita es de inmediato impugnada: al contrario, casi todos los necesitamos, pues ésa es la manera de huir de un "no sé qué" hacia un "no sé qué", o quizá del absurdo hacia el absurdo.

La inseguridad es indudablemente el estigma de la época. Y hay que emplear esa palabra en sus tres acepciones al mismo tiempo: una marca distintiva, una huella vergonzosa en la frente de un criminal, una herida mística.

Hemos vivido las experiencias de los regímenes totalitarios; lo que nos han ofrecido de nuevo no es el genocidio, ni siquiera el genocidio ideológico, sino más bien la técnica eficaz de la expropiación total de la mente del hombre; esto no era posible, claro está, más que si el poder despótico lograba concentrar perfectamente el control político, económico y cultural

(sistemas de información y de educación, el arte, la literatura, etc.). Esa clase de tiranía probablemente no fuera posible antes; la Europa medieval siempre conservó, pese a las pretensiones semi-teocráticas de la Iglesia, la distinción entre el poder civil y el eclesiástico, y afortunadamente no inventó la planificación económica central; si hubiera hecho este descubrimiento, la época moderna, incluida la Ilustración, probablemente nunca hubiera nacido.

No hay respuesta convincente a la pregunta de por qué los regímenes totalitarios surgieron en nuestro siglo. Es plausible pensar que entre sus condiciones necesarias se encontraban los cambios que dieron a las masas el acceso a la participación en los procesos políticos, que entonces el desarrollo de la democracia en el periodo precedente hizo posible el nacimiento del monstruo antidemocrático.

A veces nos preguntamos si la experiencia totalitaria aún puede repetirse, o si es peculiar a nuestro siglo brutal. Por un lado, esto parece improbable, pues el control total de los sistemas de información —una condición absoluta del totalitarismo— no es factible, ya que todos los instrumentos de la llamada revolución informática están dispersos, se encuentran en manos de los individuos. Por otra parte, nos hemos acostumbrado a creer que el mercado libre y las instituciones democráticas —incluidos el pluralismo político y religioso— corren parejas, uno es impensable sin otro. Tenemos, es verdad, el contraejemplo de China, donde la barbarie totalitaria coexiste con el mercado, pero podemos consolarnos con que es cuestión de pocos años y hay que esperar que el mercado finalmente obligue a los cambios democráticos. Tal vez. Por el momento vemos cómo el mercado libre mundial trabaja para China: la masa enorme de los esclavos de ese país produce todo tipo de mercancías a cambio de casi nada; en consecuencia, esas mercancías son invencibles por la competencia; así, el mercado libre funciona para beneficio de un régimen totalitario y de la esclavitud.

Pero aún si dejamos de lado esta cuestión, la idea de que las amenazas totalitarias han quedado definitivamente detrás nos parece temeraria. Es verdad que las victorias recientes de la democracia en Europa Central y del Este, y también en América Latina, así como la estabilidad de las instituciones de la sociedad abierta en el mundo civilizado nos inspiran confianza: ¡es el camino que tomará nuestra especie! Tal vez, pero no es seguro. Todos sabemos que nuestra época es brutal, pero igualmente hedonista; y olvidamos fácilmente que la libertad nunca está garantizada para siempre, que exige una vigilancia incesante y el valor para defenderla. Sigue habiendo en nuestras sociedades fuerzas dispuestas a destruirla; pueden parecer de poca importancia por el momen-

---

to, pero en caso de una calamidad económica o social son capaces de crecer instantáneamente; ya lo hemos visto. Y los cataclismos pueden producirse por un sinnúmero de causas. Nos hemos acostumbrado a la generosidad del *welfare state*, del Estado de bienestar, y cada vez exigimos más y más bienes y servicios del Estado. Sin embargo se nos dice que esa carga se volverá cada vez menos soportable por razones demográficas, y que, por el contrario, habrá que limitar considerablemente esa generosidad en el futuro próximo. Nadie ha llegado con una idea razonable sobre lo que debe hacerse con las ciudades enormes y en expansión en el mundo entero, las concentraciones explosivas de la miseria extrema. La presión de la población creciente sobre los recursos limitados del agua y el terreno siempre pueden provocar guerras. La expansión del mercado produce iniquidades flagrantes y, por lo tanto, también una masa peligrosa de envidia — uno de los sentimientos que engendran gran energía social.

Y poco importa la ideología, pues depende de las circunstancias accidentales. Hemos aprendido que de todo material ideológico puede hacerse un garrote para someter a la gente: Dios, el del Viejo Testamento, o incluso —es difícil, pero factible— Jesucristo, el Corán, por supuesto, la igualdad, el radiante futuro socialista, la raza, la tribu y la nación (sobre todo la nación, lo vemos a diario). La Razón misma no tuvo dificultades en servir al terror revolucionario, tanto entre los jacobinos como entre los bolcheviques. La Ilustración, el romanticismo, la religión —todo es bueno. Y no importa qué símbolo tomemos de los que estén a mano; los símbolos en sí mismos son a me-

nudo inocentes: no hay nada de malo en la hoz y el martillo, simples instrumentos de trabajo de campesinos y artesanos durante siglos; pero en cierta configuración, son el signo de la tiranía soviética. Nada tiene de malo la cruz gamada, signo que se encuentra en las culturas antiguas, prehelénicas y precolombinas; pero para nosotros ha quedado asociada irremisiblemente con las atrocidades de los nazis.

Así que, repito, las ideologías y los símbolos no son importantes, la ideología a menudo es más débil que sus portadores, sus aspiraciones e intereses. Nuestro cielo nunca está sin nubes, siempre está así. ◀

